

Esta atención a todo el aparato escenográfico de la obra, permite poner más de relieve la fortísima personalidad dramática de Froilán Díaz, el confesor real, sacrílego, lascivo, cruel y ambicioso que desde que aparece en escena, al principio de la obra, llena el escenario con su presencia y con la fuerza que hay en su acciones. Pero también pone de relieve la importancia y la hondura dramática del espantajo que es Carlos II, pobre figura deshecha, anulada y destrozada que representó, en su momento, sin duda, un muy evidente ataque a la pretendida majestad de la monarquía, pues la estructura argumental y espectacular de la obra de teatro se cimenta en la nulidad personal y la cobardía moral de este personaje. Gil y Zárate, como podemos ver en el pormenorizado análisis de la profesora Ribao, puso especial esmero en dibujar la figura de este muñeco roto, consiguiendo así, quizás, el personaje más redondo de toda su carrera como autor teatral. No en vano, fue este el papel que eligió Julián Romea para representar en la obra, antes que el del propio Froilán Díaz o el de Florencio, el héroe enamorado y vengador del drama.

La anotación de la obra es densa y provechosa. La editora aclara significados de algunas palabras, da completos y pertinentes datos históricos sobre la acción representada, necesarios para la correcta comprensión de los acontecimientos que transcurren en la escena, incluye las anotaciones específicas que aparecen en los apuntes de representación que ha consultado y añade, cuando es necesario, comentarios críticos sobre la obra que completan lo ya expuesto en la introducción de la misma.

Sea bienvenida, pues, esta excelente edición de Montserrat Ribao, un brillante hito en su ya larga carrera como estudiosa del teatro romántico español. Un libro que hace accesible por fin al público una de las obras capitales de nuestra historia literaria. Y quizás, aunque probablemente sea ése un deseo muy ingenuo, alguna editorial española pueda decidir seguir el ejemplo de una editorial norteamericana, que publica en Florida y que no tiene empacho en sacar a la luz una obra teatral señera del Romanticismo español.

BORJA RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ  
UNIVERSIDAD DE CANTABRIA

**José Ramón González (ed.) *Pensar por lo breve. Aforística española de entresiglos. Antología (1980-2012)*. Gijón. Ediciones Trea. 2013. 341 páginas.**

A lo largo de la historia literaria, y prácticamente en todas las lenguas, tradiciones y culturas, las formas breves han mantenido una presencia constante, más o menos intensa y significativa. Con denominaciones diferentes, estas manifestaciones textuales han oscilado entre el fognazo lírico, sentimental o imaginario y el pensamiento estético, metafísico o conceptual, entre la poesía y la filosofía, dibujando una cartografía de fronteras difusas y trazados no siempre muy bien delimitados.

En su brevedad, este tipo de subgéneros y modalidades discursivas nos recuerdan la posibilidad de significar más con menos, la oportunidad de enfrentarnos a lo que ha tenido que callarse para decir lo que en efecto se dice, siendo así que lo silenciado es conocido por quien ha decidido interrumpir su habla. En todo caso, lenguaje y silencio se implican y exigen mutuamente, de tal manera que el primero surge de la ruptura o corte del segundo, lenguaje que suple al silencio sin acallararlo y que no debe hacernos olvidar que, como muy bien sugirió Maurice Blanchot en *La comunidad inconfesable*, la proposición con que Wittgenstein aconseja el silencio y cierra el *Trac-*

tatus, “De lo que no se puede hablar, hay que callar la boca”, indica el hecho de que el silencio no rige para sí mismo, de que para callarse, en definitiva, hay que hablar. Sin embargo, hablar, se pregunta Blanchot al hilo del citado aforismo, ¿con qué clase de palabras?, una pregunta que contiene un sentido político acuciante y que implica la puesta en cuestión de nuestras relaciones de poder con el mundo, la realidad, las cosas, los otros.

Me parece que ese desafío (y el conflicto del que deriva), formulado de muy diferentes maneras, se encuentra en algunas de las propuestas aforísticas recogidas por el profesor de literatura española de la Universidad de Valladolid José Ramón González en el volumen que aquí se reseña, una obra relevante desde un punto de vista inaugural puesto que, sin duda alguna, se trata del primer estudio que afronta de una manera rigurosa y científica un territorio virgen hasta ahora apenas transitado por la crítica académica.

Así, *Pensar por lo breve. Aforística española de entresiglos. Antología (1980-2012)* ofrece un panorama suficientemente representativo, ajustado y exhaustivo de la aforística española del periodo reseñado, una tarea nada fácil, como reconoce el antólogo y responsable de la edición, y labor de la que sale mucho más que airoso al haber redactado un concienzudo y revelador texto introductorio en el que se analizan las bases del género a la luz de la tradición, la historia y la práctica literaria autóctona (son cincuenta los autores seleccionados, desde C. Castilla del Pino, nacido en 1922, hasta C. R. Pavón, nacido en 1980; en medio, entre otros, C. E. de Ory, V. Núñez, R. Sánchez Ferlosio, C. Pujol, M. Neila, R. Eder, R. Wolfe, J. Doce, J. Almuzara. Del total, únicamente tres son mujeres: Dionisia García, Carmen Camacho y Erika Martínez). Y esa introducción (que se extiende hasta la página 76 del volumen y se completa con un oportuno aparato bibliográfico) habrá de leerse a partir de este momento como un excelente análisis sobre las dificultades que plantea el estatuto genérico del aforismo y otras formas breves al tiempo que como un trabajo de referencia en la bibliografía crítica sobre la cuestión analizada.

Como muy bien señala José Ramón González en esas páginas liminares, sin ser un tipo de escritura habitual en nuestra historia literaria, el cultivo de esta modalidad genérica no es una novedad que haya surgido en estas últimas décadas sino que ha de verse a la luz de una sólida tradición que se remonta –por citar un primer momento anterior particularmente significativo– cien años atrás (finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX: Unamuno, J. R. Jiménez, A. Machado, Jarnés, Bergamín, Dieste, Aub, etc.). Y más allá de esta evidente conexión con algunos autores de la precedente y cercana modernidad literaria, habría que recordar que estas formas breves –bajo diferentes denominaciones y en distintas modalidades– han sido una constante a lo largo de la historia de la literatura en lengua española, desde la Edad Media hasta la actualidad (apogemas, máximas, sentencias, dichos, proverbios, refranes, epigramas, adagios, emblemas, enigmas, notas, fragmentos, etc.). Concebida como una “obra abierta y en marcha” (p. 61), esta antología aspira a presentarse como un primer movimiento exploratorio de un escenario literario complejo, mal delimitado y escasamente estudiado por la crítica.

Un escritor que, sin haber cultivado de un modo regular el aforismo, me parece pertinente nombrar en este momento es José Ángel Valente, quien mostró a lo largo de su trayectoria una acusada conciencia lingüística y un profundo interés por las relaciones entre el lenguaje y el pensamiento, alguien que, a la luz de obras como las de san Juan de la Cruz o Miguel de Molinos, no dejó de reflexionar sobre las (im)posibi-

lidades del lenguaje y la función central que desempeñan la nada o el vacío como metáforas envolventes de un mundo carente de sentido, motivos estos que encontramos en un buen número de los textos aquí recogidos: “Libertad es elegir el vacío” (R. Gonzalo Verdugo, p. 301), “A lo más profundo ladra la nada” (J. Varo, p. 312). La reciente publicación del *Diario anónimo* (2011) permite reconstruir la evolución intelectual de uno de los grandes poetas españoles de la segunda mitad del siglo XX al mismo tiempo que confirma la intensa labor de reflexión crítica que Valente desarrolló sobre la poesía a lo largo de toda su andadura como escritor, en la que tuvo oportunidad de articular una obra entendida no tanto como una arquitectura perfectamente acabada sino como un escenario de generación incesante de células y semillas de sentido en el que el lector acaba convirtiéndose en materia textual e iconográfica dispuesta para ser leída e interpretada por quien en un principio era el objeto de su interpretación, como sucede en “De la luminosa opacidad de los signos”, poema de *Treinta y siete fragmentos* que recrea un proceso de búsqueda de uno mismo en el que el contemplador acaba convirtiéndose en lo contemplado, en una estructura circular, especular y abismal, como la que encontramos en un aforismo de Antonio Porchia que señala: “El viaje: un partir de mí, un infinito de distancias infinitas y un arribar a mí”. De un modo parecido, esos dos universales antropológicos congregados en las palabras del poeta argentino –el viaje y la identidad– son argumentos recurrentes en muchos de los textos que leemos en este volumen y al mismo tiempo motivos esgrimidos por J. R. González para ensayar una definición del aforismo como “expresión de un pensamiento nómada o trashumante, o de un pensamiento fluido, líquido, no acumulativo” (p. 30).

Aunque Internet no sea el territorio al que una edición como esta presta atención (hecho que se señala explícitamente en la introducción), es evidente que se trata de un escenario (caracterizado desde hace ya unos cuantos años por una incesante aparición de muy desiguales *blogs* literarios que, entre otros contenidos, ofrecen aforismos y otras formas discursivas afines) cada vez más relevante dada la presencia creciente de lo digital en nuestras vidas. En la mayoría de los *blogs* que podemos leer, casi siempre se trata del testimonio de una historia personal (exposición de sentimientos, emociones o ideas personales, fotografías y filmaciones de vídeo alusivas a esa misma historia personal), de tal modo que la vida (propia o ajena) es con frecuencia la materia narratológica o poemática, argumental en todo caso, de unas prácticas que responden a una modalidad discursiva en forma digital y que adoptan la forma de un diario casi siempre escrito por una sola persona, con la particularidad, a diferencia de sus precedentes en papel impreso, de que las entradas aparecen en orden cronológico inverso –comenzando por la más reciente– y con unos márgenes que son siempre porosos y variables.

Todo esto responde a una cierta obsesión compulsiva por lo autobiográfico, cada vez más frecuente entre nuestros escritores, que ve en la anécdota personal el síntoma de una categoría universal, la materia, en definitiva, de un relato ficcional. En todo caso, ver el sujeto literario como sujeto enunciativo, protagonista de la enunciación, agente de la voz, etc., no permite establecer una correspondencia directa entre ese sujeto y la autobiografía del autor. Recordemos que en “La autobiografía como desfiguración” Paul de Man se refirió a la distinción entre ficción y autobiografía como un indecible condicionado además por el hecho de que la escritura de esa vida solo cobra sentido desde la perspectiva de la muerte. En su introducción, J. R. González se refiere a la posibilidad de que ciertos textos aforísticos pertenezcan a una cierta cate-

goría *pseudoficcional* en la que la realidad y la ficción comparten un mismo escenario; leemos, en esos casos, textos propiamente ficticios que permiten sin embargo a los lectores intuir referentes reales, aforismos que van (re)construyendo algunos de los fragmentos de la “vida de un hombre”, por decirlo con el título con el que agrupó sus diferentes libros el poeta Giuseppe Ungaretti.

En la medida en que muchos de los textos aforísticos pueden leerse como partes más o menos independientes de un conjunto mayor, comparten algunos rasgos con el hipertexto, esa especie de *e-campo literario* que, en lo que tiene de escritura discontinua, inacabada y multidireccional, ha acabado convirtiéndose en una reveladora metáfora de la “condición posmoderna” al poner en cuestión ideas y formas literarias tradicionales basadas en la linealidad y el desarrollo progresivo de la trama, puestas en circulación a partir de la *Poética* aristotélica. Frente a las grandes metanarrativas de la modernidad, la escritura quebrada y fragmentaria de la posmodernidad. Versión posmoderna del centón latino, el *I Ching* o *Libro de las mutaciones* (recopilación sapiencial de aforismos morales y sentencias adivinatorias del siglo XII a. C. que influyó en Lao Tse y en Confucio), el renga japonés y el “cadáver exquisito” surrealista, el *hipertexto* (término acuñado por Ted Nelson en la pasada década de los sesenta para referirse a “the most general form of writing”) se constituye como un organismo en construcción, elaborado de manera no necesariamente secuencial, articulado como una red de fragmentos, un texto de textos (*lexias*, en la terminología barthesiana) enlazados entre sí a través de vínculos (*links* o nodos) que el lector activa de manera más o menos libre o aleatoria y que permiten un acceso a cada una de las “páginas” de ese conjunto potencialmente infinito.

El aforismo suele convocar en distintas medidas y proporciones la emoción y el pensamiento, la escritura específicamente literaria –esa escritura en el fondo emocional y emocionante– y la escritura reflexiva, filosófica, de orientación más o menos metafísica, resultado del pensamiento y la meditación. Sin embargo, en muchas de las propuestas aquí congregadas nos encontramos con un mismo lenguaje, situados en un mismo paisaje donde emoción y reflexión son solo dos momentos sucesivos de un mismo proceso de construcción literaria. Como señala T. S. Eliot en “East Coker”: “There is a time for the evening under starlight,/A time for the evening under lamplight”, muchos de estos aforismos, escritos “bajo la luz de la lámpara”, todavía conservan parte de las emociones vividas “bajo la luz de las estrellas”, son resultado de un hilo entretorado de pasión y conocimiento, acción y meditación, delirio y razón.

Hay de todo, claro, en la muestra seleccionada, versiones para todos los gustos, propuestas muy diferentes entre sí, pero no es raro encontrarnos con textos que, orientados por una u otra concepción estética, se (pre)ocupan de cuestiones éticas, morales, tocados en ocasiones de un cierto didactismo con pretensiones ejemplarizantes más o menos marcadas. Como la tradición y el tópico aconsejan, entre la poesía y la filosofía, Ángel Guinda inicia *Huellas* con una sentencia en la que, a modo de poética, declara: “El aforismo es una gota de la destilación del pensamiento”. Rechazo, pues, de lo accesorio y lo superfluo, búsqueda y propuesta de lo esencial, encuentro con la raíz de las cosas en un momento y un lugar –esos que el propio aforismo representan los que se quiere detener la vida a través de la escritura. Intento en todo caso vano, quimérico, apenas alcanzado, pero su triunfo, sin embargo, está ahí, en la mera enunciación, en la propuesta de un discurso capaz de intuir los misterios de la realidad, ya que esa voz –entre la honda meditación y el fogonazo lírico– sabe muy bien que hace el mundo suyo en la medida en que lo nombra y que la vida no es nada si no hay

alguien que la cite. Vivir, entonces, consiste en pasar de largo y citarse más tarde por vez primera con quien ha instalado su lugar y se ha hecho fuerte en la frontera, ese territorio indeterminado y difuso donde la evidencia de lo real se pone en entredicho y donde la palabra lógica y racional ya no nos sirve. Vivir –en esas circunstancias– no es otra cosa que deshacerse para proyectarse en el otro que es nuestro texto, imaginarse en el horizonte inédito que alumbró el aforismo.

José Ramón González se hace eco del notable incremento que el género aforístico ha experimentado en estas últimas décadas, un potencial que ha convertido en una especie de falacia esa tradicional y congénita reticencia del escritor español hacia esta modalidad de escritura. La escritura aforística en español de estas últimas décadas, afirma el responsable de esta edición, se presenta como un “terreno particularmente inestable en el que los límites entre los diferentes subgéneros y las categorías taxonómicas no aparecen claramente establecidos” (p. 16), un territorio configurado por una amplia variedad de textos cuyo estatuto genérico es permanente motivo de disputa, y ese es un rasgo que dificulta enormemente el trabajo de diagnóstico llevado a cabo. Así, enclavado en un espacio fronterizo entre la poesía y la filosofía –esas dos maneras de ver y nombrar la realidad que ya distinguiera Aristóteles en la *Poética*–, entre la palabra que brilla y expande y la palabra que medita y clausura, el aforismo contemporáneo parece moverse en un horizonte marcado por una considerable ambigüedad terminológica, semántica y conceptual.

Están muy bien trazadas en la introducción las líneas de continuidad y de discontinuidad entre el aforismo y el fragmento, una categoría, esta última, epistemológica y discursiva central desde los inicios de la modernidad. Michel Foucault vio en el fragmento, el desdoblamiento, el simulacro y la desaparición algunas figuras negativas que, a su modo, definen la actividad de la literatura, un lenguaje que es índice y señal de algo que ya ha sido hecho desaparecer o que todavía no ha hecho acto de aparición: ausencia sancionada o presencia por el momento incumplida. Creemos que el discurso nos sitúa ante los otros cuando, en realidad, lo que sucede es que nos disolvemos en el instante mismo en que nos manifestamos a través del lenguaje. Las palabras del aforista no prueban sino la desintegración de su identidad, la disolución de su propio ser en el ser propio del lenguaje, no son sino el eco desvanecido de una voz apagada, el hueco en el que finalmente se desvanece y es. De este modo, leemos las palabras de estos aforismos, esos cuerpos extraños que nos sitúan en un espacio y un tiempo sin medidas, atraviesan el óxido de nuestros corazones y de un zarpazo nos arrebatan cuanto fuimos, todo, las posesiones que tuvimos, aquellas cosas que perdimos y dieron al fin sentido al sueño irreal de unas vidas expuestas a la deriva. Como señala Eugenio Trías: “El pensamiento es auténtico si cambia siempre de lugar, si es nómada” (p. 131). De ahí las glosas de Rimbaud y el conflicto de identidades que encontramos en C. Castilla del Pino: “No soy; me hacen ser. Somos imaginados por los demás” (p. 81), A. Fernández Molina: “O eres más de uno o no eres ninguno” (p. 104), un conflicto que encuentra su plasmación en la realidad entendida como escenario de crisis.

Se trata entonces de resistir y de actuar en legítima defensa frente a la pedrada de una realidad que sin desmayo golpea insistentemente nuestras conciencias y pone a prueba nuestra cada vez más debilitada capacidad de reacción; se trata, como hacen algunos de estos aforistas, de levantar una voz crítica, resistente e insumisa ante las puñaladas de una realidad que con frecuencia se muestra abyecta. Frente a tanta labor de apisonadora y de aplastamiento de las conciencias, frente a tanto trabajo de simplificación, homogeneización y borrado de las diferencias, el aforismo nos recuerda

que puede establecerse un corte allí donde hay una línea continua, que puede pensarse, verse, imaginarse y nombrarse el mundo de otra manera, a la contra de cualquier opción dominante. Escribir, así, con la voz que dicta la conciencia más severa, al margen de los coros más afónicos y las modas más gregarias, desde la soledad solidaria con los otros, desde la línea en que la vida encuentra su frontera con la muerte, a contratiempo, con la intención de que el mundo contado sea ya otro y aceptar, de este modo, que la escritura es una suerte de desposesión para al final poseer más y encontrarse uno de bruces con su sombra o su renuncia. En este sentido, la escritura aforística podría muy bien responder a una poética trazada a la luz del principio “menos es más”, sintagma que nos recuerda que la brevedad puede ser fuente de intensidad, venero de posibilidades por materializar.

ALFREDO SALDAÑA

**Raquel Gutiérrez Sebastián et al. *Literatura e imagen. la “Biblioteca Arte y Letras” Santander. PubliCan. Ediciones de la Universidad de Cantabria. 2012. 255 páginas.***

El siglo XIX es el siglo de la imagen, pero del auge y omnipresencia de la imagen gráfica en la literatura y los libros o la prensa donde se solía encontrar, a pesar de los pioneros estudios de Pilar Vélez, Francesc Fontbona, Eliseo Trenc, Marie Linda Ortega, con un no muy largo etcétera, sobre la imagen y las artes gráficas, tal vez no se le haya prestado aún toda la necesaria atención en España. De ahí la relevancia, después de *Literatura ilustrada decimonónica, 57 perspectivas* (Santander, PubliCan, 2011), de este libro del grupo Butil (Raquel Gutiérrez Sebastián, Juan Molina Porras, Ángeles Quesada Novás, Monserrat Ribao Pereira y Borja Rodríguez Gutiérrez), para la afirmación de una nueva manera de ver y leer la literatura cuando de literatura ilustrada se trata.

Este libro ofrece el primer estudio de conjunto y detallado sobre la “Biblioteca Arte y Letras” (un acervo de 58 volúmenes publicados entre 1881 y 1887), emblemática de una línea editorial bastante representada en España –fundamentalmente en Barcelona– en el último cuarto del siglo XIX: los libros ilustrados y encuadernados “con todo lujo, primor y arte imaginables y a precios excesivamente módicos”, como escribía *La Vanguardia* el 4 de julio de 1883 (p. 57), e idónea para plantear las aún insuficientemente conocidas relaciones entre literatura e imagen en el periodo del Gran Realismo.

De esta “apuesta editorial” de la “Biblioteca Arte y Letras” y de las que la precedieron o acompañaron, coetáneas por cierto de los *Episodios Nacionales Ilustrados*, hace B. Rodríguez Gutiérrez (pp. 9-64) la muy precisa –a veces casi detectivesca– historia, reconstituyendo las distintas colecciones de libros publicados en la Biblioteca Arte y Letras, pero también, en la Verdaguer, la Salvatella, la Clásica Española y en la magna colección *España: sus monumentos y artes, su naturaleza e historia* (pp. 32-53), y aprovechando los ecos buscados y encontrados en *La Vanguardia*. Este liminar ejercicio de historia del libro, aporta la imprescindible ambientación a las siguientes monografías –diez en total–, dedicadas a otros tantos libros representativos de la Biblioteca (*Perfiles y colores, El sabor de la tierruca, María, Marta y María, La Regenta, La dama joven, la Miscelánea literaria* dedicada a Núñez de Arce, *El anacrópete y La leyenda del rey Bermejo*), para una nueva *visión* de la literatura.